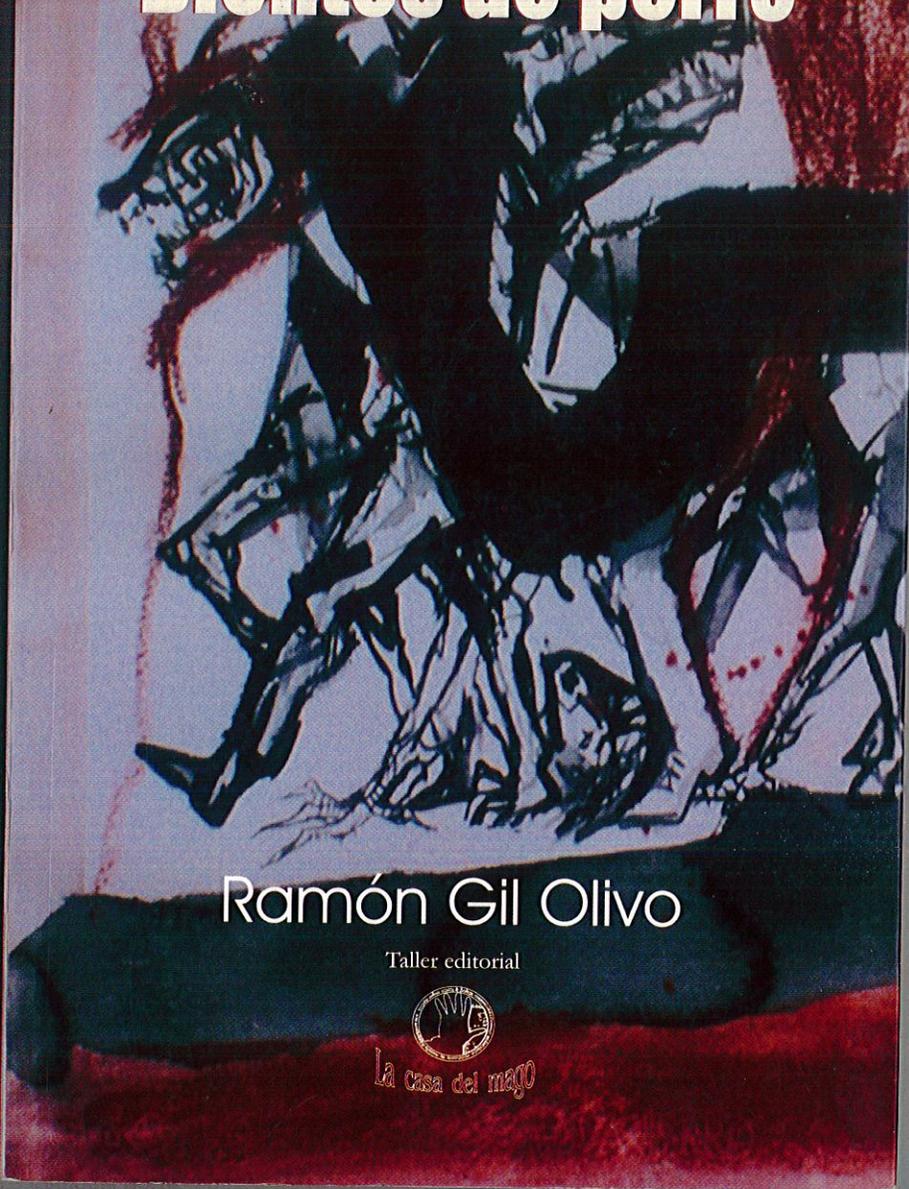


Dientes de perro



Ramón Gil Olivo

Taller editorial



la casa del mago

Libertad condicionada

Se detuvo antes de salir. Quería respirar por última vez el olor de la prisión. La puerta de la libertad estaba ahí enfrente, con dos guardias custodiándola. Miró hacia atrás. Las rejas se cerraron a sus espaldas. Desde el fondo surgía el rumor de la población. Imaginó el tumulto en los corredores, en las crujías, en los talleres. Un grupo de presos jugaba fútbol en el patio. Manuel seguro anda caminando por la crujía tres, fumando desesperadamente. Un héroe, pensó. Si fuera por mí. Respiró hondo. Penetró en su pecho el hedor añejo a promiscuidad, orines, sopa y humedad.

La mano se apoyó en su espalda.

—Bueno, ¿sales o no? —pregunto uno de los guardias.

—Enseguida, caray, enseguida. Déjeme llevarme este recuerdo.

Uno de los guardias era alto y joven y el otro era pequeño y gordo.

Las rejas se abrían y se cerraban. Otros presos que salían. En la sala de visitas, la madre de Roberto tosió. Tengo tiempo sin fumarme un buen cigarro. Lo primero que haré al salir será ir al mar. La bola, en el patio, golpeó la pared. ¡Gooooo!, gritó Chito. Boca chimuela. Y él un día se levantó y se estiró sobre el catre, el tercero de arriba. Miró el sol que golpeaba los muros grises y carcomidos. Entonces reflexionó: si he de quedarme aquí de por vida, mejor me muero. Pero luego rió a carcajadas. Éste está loco, pensó Manuel. Hermano, qué pasa. Negros, los muros de la prision estaban carcomidos por el tiempo y la humedad. Ahora se enteró al ver la placa junto a la entrada de la alcaldía: la cárcel fue construida en mil novecientos quince. Es la angustia, hermano; de estar aquí muerto en vida. Ese día, una araña se detuvo sobre la pared, presintiendo. Tomó el zapato y la aplastó. Cuántas generaciones, carajo. En la crujía "N", los que nunca saldrían, en la "B" los chacales. Mira, dame fuego, muchacho. En la enfermería, un herido en riña se desangraba: el Beto. Ese sí que traficaba. Muchacho, algún día morirás acribillado en un volks y dirán que llevabas un cargamento de coca. En *Alarma y Magazine de Policía* publicarán tu foto y la de tu mujer tumbados en los asientos delanteros con los rostros desfigurados



por los impactos.

—Anda, ¿quieres entrar nuevamente? Parece que éste no quiere salir.

—Déjame a mí, yo lo conozco. Es Marcos, el guerrillero. Seguro que tiene miedo que lo cacen afuera. Mira, muchacho, si quieres te acompaño hasta la puerta para que te asegures.

—No, gracias, ya salgo.

El sol caía sobre la calle como una bestia fatigada. Oyó varios pasos. La calle se movía de manera extraña: el piso escapaba de sus piernas, los edificios se inclinaban peligrosamente. Caray, tengo que aprender a caminar nuevamente, se dijo. Se volvió a detener. Caray, Como un niño. La cárcel acaba a cualquiera. ¡Tantos meses en el rastro! Se recargó en la pared.

El guardia pequeño y viejo movió la cabeza.

—Se siente mal el muchacho. Yo lo conozco: a ese sí que lo trataron mal. Marcos el guerrillero. Entró tan lleno de vigor y ahora míralo.

Si tan sólo me hubieran dejado tranquilo. El sol caía demasiado fuerte allá afuera, sobre la calle inundada de autos y ruidos. La ciudad. Otra vez, carajo. Tengo miedo. Les ganaste, dijo Manuel, casi sin creerlo. Sí, les gané. Sus dientes mascaron una risa gastada. Hasta los dientes me jodieron. Oyó los hurras en el patio y algunos gritos groseros. No tardará mucho en haber una riña. En la ciudad no me espera nadie. Cierta

mañana, Manuel llegó a su celda, el periódico en la mano. Se sentó en el catre, derrumbado. ¿Qué pasa? En la sección policiaca, la foto de Pedro. Destrozado por una bomba. Sin manos: le había estallado mientras la preparaba. Por supuesto que Manuel y Roberto se abatieron: un verdadero líder caído. No podíamos creer la noticia. Cada quien mascó a su manera su amargura: Manuel se encerró en la celda, Roberto se metió en la sala de televisión, Marcos se fue a jugar frontón con la mano, golpeando la pelota con furia desusada. Mucho tiempo tardamos en asimilar ese golpe. Y ahora estaba la puerta ahí enfrente y más allá la ciudad lo esperaba. Si al menos fuéramos dos, pensó, no me sentiría tan solo. Comenzaríamos de nuevo: haríamos la guerra.

Se soltó con violencia de la mano que lo sujetó.

—¿No te vas a largar pues muchacho?

—Ah, sí, enseguida. Son las piernas que no me dejan.

El guardia lo miró casi con piedad. Él tenía un hijo de esa edad. —Veintinueve años tiene mi hijo— le dijo luego al otro guardia. Pero este segundo guardia era de corazón duro. Mascaba chicle y le gustaba leer *Los Halcones Negros*. Para él, Marcos era otro preso que salía a cometer fechorías. En su interior pensaba que ninguno de ellos debería atravesar esa puerta hacia la calle, sino únicamente de la calle hacia el interior. Era por ello que siempre que salían, les decía: Ya volverás,

ya volverás a *chirona*. Este guardia no simpatizaba con Marcos. Cierta día habían tenido un problema. El guardia conducía a Marcos a uno de los locutorios cuando lo empujó con fuerza por la espalda, como era su costumbre hacer con todos los presos. Marcos estuvo a punto de caer, pero recobró el equilibrio y le dio un fuerte puñetazo en la cara. Entonces intervinieron otros guardias y lo molieron a golpes. Eso le costó tres meses de rastro.

—Mira, muchacho: camina hacia la derecha, en la esquina pasan camiones hacia todos los rumbos de la ciudad— dijo el guardia viejo.

—Sí, don Chema, ya voy.

Si todos fueran como éste, pensó, la hubiera pasado mejor. Lo hicieron a propósito: mis piernas.

—Llegó aquí con las piernas quebradas. Luego lo sacaban cada seis meses para volvérselas a quebrar— comentó el guardia viejo.

Ahora sí; alejarse de allí. Salió. El mundo le daba vueltas. Supongo que eso ocurre siempre. Cuando salgas vas a sentirte mal. Es la presión. Acá dentro todo el cuerpo se descompone. Seguro que Manuel se pregunta cómo me está yendo acá afuera. Todos lo fueron a llevar hasta la reja. De ocho años, tres te los pasaste en el rastro—dijo Manuel—. Te dejaron baldado. Ve hoy mismo a ver al Doc. Que te haga un examen de todo. Yo no sé por qué me dejan salir, yo no sé. Quizás

porque no quieren que me les muera acá dentro. Yo creo que es por eso.

—A ese nunca lo doblaron —murmuró el guardia—. Lo destruyeron, eso sí. Ya no servirá para nada. Para morir.

Sí, salir para morir. La ciudad es una trampa.

—Un día le escupió la cara al comandante. En plena tortura. Yo entonces trabajaba para el comandante, por eso lo sé. Le escupió la cara y el comandante se ensañó con él. Todos lo dábamos por muerto. Pero entonces aquí estaba el Doc. ¿Te acuerdas del Doc?

—Sí, cómo no. Aquel grandote que después estuvo también preso.

—Pues él lo revivió cuando lo dábamos ya por muerto. Pero el comandante nunca le perdonó que le escupiera en la cara. Por eso me extraña que ahora lo dejen salir.

Se volvió para ver la prisión. Siempre tuvo curiosidad por saber cuál era su aspecto desde afuera. ¡Cuántas veces soñó en escapar! Los muros, negros, a cada cincuenta metros torretas con bocas de lobo. Y una vez lo intentó y perdió. Un camión bramó a su lado, arrojándole la peste de su gasolina quemada. Eso sería cómico: salir para morir atropellado. Soltó la risa. Ese está loco. Rió todavía. La libertad.

—Por eso me extraña que lo dejen salir —volvió a decir el viejo, de pie junto a la puerta de la prisión.

Rió con mayor fuerza. Los muros negros quedaron detrás de él cuando el auto gris se detuvo sobre la calle. No tenía placas y tres hombres descendieron de él con una prisa extraña. La libertad, dijo Marcos. El sol caía sobre la calle y sobre su rostro. Pero el mundo estalló de pronto. Un hombre le dio un puñetazo en el abdomen y otro le golpeó la nuca. Libertad, musitó mientras caía en la acera.

El guardia viejo abrió la boca, mientras veía cómo los tres hombres arrastraban a Marcos y lo arrojaban al interior del auto como si fuera un costal de papas. Tragó saliva.

—Estaba difícil que el comandante se olvidara de aquella afrenta —murmuró apenas, mientras que en el primer patio se escuchaban gritos, carreras e insultos. —Caray, una nueva riña.